

Redobles por Manuel Scorza

Pongo el título a esa nota ignorando el riesgo de que será usado por muchos de cuantos escriban ahora sobre el infeliz Manuel.

Su imagen era la de un mestizo rechoncho, la misma que yo podría ver en estos pagos, en cualquier parte entre Yala y la Quiaca, y entonces le pregunté de dónde había sacado ese apellido "con S líquida" como diría nuestro amigo común el poeta Luis Rosales. "Se lo comió el funcionario en el acta de nacimiento", dijo. "Se comió la E. Mi padre, que era paquidero (recordare bien?) se llamaba Escoz, con todo".

Era un otoño impecable en Madrid. Javier Abásolo, de Siglo XII, me había pedido que lo vieran -recién llegado de París- para advertir sobre La tumba del relámpago, que estaba apareciendo. A costa de la TV española se alojaba en el Palace, sobre el Paseo del Prado, un viejo hotel para invitados gubernamentales, ejecutivos más o menos caros y gente de provincia en noche de boda, del cual habla despectivamente León Trotsky -que lo vio construir- en sus apuntes de viaje por España. Cuando se lo dije pareció divertido. "Esto lo paga la RTVE", dijo. "De otro modo estaría en tu buhardilla, hermano". En el gran salón había mucho trajín, señores que pasaban el tiempo sentados, altoparlantes llamando con bilingües voces neutras, señoras raras. Decidimos conversar en su habitación del primer piso con todo y el grabador. El estaba visiblemente nervioso o inquieto. Parte de esa larga conversación fue publicada en la entrega de junio de 1980 en Nueva Estafeta. Y ahora, luego de su terrible muerte en el accidente de Avianca en Madrid, hallo, al intentar escucharla, que ha sido sobreborrada, quizás por uno de mis hijos, al reutilizar la cinta. La voz de Luis Lach se sobrepone por momentos a la nuestra. Sé que este curioso estropicio a él, no le hubiera divertido. A mí tampoco me divierte ahora, que ya no habrá otra oportunidad para su voz.

Era por septiembre y algún cable lo daba como candidato al premio Nobel. Tomé aquello como eventual motivo de su inquietud testiraba una gomilla entre sus dedos, que a cada instante amenazaba con estrellarse en mi cara) y le dije que yo no había leído el cable pero que al Nobel se lo había dado alguna vez al Sr. Etchevaray, Presidente del Banco de España, y nunca a Kafka ni a Proust y que en todo caso era un problema ajeno y que un escritor de verdad escribe a pesar de los premios y, como decía el viejo Hemingway, compite sólo con los muertos.

Y ahora estás muerto, viejo Manolo, y tu cuerpo fue reducido a un bulto transportado en una camilla de bomberos hacia la morgue

de Coslada.

Mi primera sorpresa fue que no lo recordara. El estaba seguro de que, alguna vez, hacía ya tantos años, una noche bebimos alguna copa juntos en un bar de la Avenida 9 de julio, cuando en Buenos Aires, él se ganaba la vida como corrector de pruebas de Losada. Era su primer exilio, durante la dictadura del general Odría en el Perú. Después todos fuimos exiliados, afuera o adentro.

Luego de aquella conversación de la cual sólo tengo pedazos, convinimos en encontrarnos en mi casa de Cercedilla, el solitario refugio nuestro -de mi mujer y mis hijos- por entonces, en la sierra de Guadarrama. Me había pedido que tratara de que nos juntáramos sólo con Onetti, José Donoso y García Hortelano. Le dije que a Onetti no lo veía desde una negra víspera de Navidad porque era contagioso y había oido que Pepe Donoso estaba ya de regreso en Chile. "No puede ser", dijo. "No puede ser. Y García Hortelano, cómo es? Si lo llamo vendrá". Dijo que lo había visto una vez cuando inauguramos Estaciones y que era así, como alguien lo había descrito: "como un guardia civil (de aspecto, nada más, por Dios) pero sin el tricornio". Llegué en el primer tren. Nevaba y el poco fuego que logramos no mejoró la marca bajo cero de entonces. Manuel no apareció. Al cabo de dos o tres horas me fui hasta una cabina de teléfono y hablé a casa de Lautaro Murúa, donde sabían darme razón. "Está mal", dijo Emma. "No está nada bien y no irá". Despues supe que la noche anterior había intentado arrojarse por una ventana del Palace.

Luego no nos escribimos ni nos telefoneamos, a pesar de estar tan aparentemente cerca. Fallé a dos encuentros en Francia, de esos que llaman literarios.

Y ahora me doy con su muerte inesperada, a unos kilómetros del lugar de aquel fracasado encuentro en la sierra, viéndola tan recién ocurrida, por televisión en Yala.



Fotomontaje de Heinz Foerthmann (1915-1978)

Héctor Tizón (Jujuy - Argentina, 1929) Escritor crítico. Fundó y dirigió la revista de arte "Síntesis" en Méjico (1958-1961).

Publicó: *A un costado de los rieles* (1940); *Casabindo* (1969); *"El cantor del profeta y el bandido"* (1972); *"El jactancioso y la bella"* (1972); *Luz de las crueles provincias* (1988) y otras.

